

La literatura infantil y juvenil en Argentina

por Carlos Silveyra*

A pesar de la situación de crisis económica crónica por la que atraviesa el país desde hace unos años, el infantil y juvenil se muestra en Argentina como uno de los sectores más sólidos y vitales de la producción literaria,



sobre todo a partir del auge experimentado en los años ochenta. Seguidamente les ofrecemos una radiografía de la literatura para niños y jóvenes que en la actualidad se produce en dicho país hispanoamericano.

Intentar una panorámica actual de la literatura infantil en Argentina en el espacio solicitado por los amigos de *CLIJ* me parece una tarea muy ardua. Porque —más allá de mis capacidades— la producción es de gran magnitud y variedad en los últimos años; los libros para niños y jóvenes gozan de buena salud a pesar de las repetidas crisis económicas.

En la década de los ochenta surgieron editoriales, escritores, ilustradores, diseñadores gráficos, etc., en un verdadero aluvión. Desde luego, no es que anteriormente no existiera una literatura infantil y juvenil; allí están las obras de María Elena Walsh, Javier Villafañe, Jorge W. Ábalos, Álvaro

Yunque, Fryda Schultz de Mantovani, José Murillo, Beatriz Ferro, Aarón Cupit, Syria Poletti, etc., para atestiguarlo.

Los nuevos títulos, casi en su totalidad de narrativa, comenzaron por abrirse fuertemente hacia lo fantástico y al humor, abandonando el realismo y las moralinas pretendidamente «educativas». Y también fue disminuyendo la producción poética, donde se destacaron las obras de José S. Tallon, María E. Walsh, Inés Malinow, María H. Lacau, Marta Giménez Pastor y Elsa Bornemann. Sin embargo —obviamente determinada por los duros años de las dictaduras militares—, la literatura infantil de los

años ochenta continuó y profundizó, en algunos casos, el «compromiso» con la realidad social. Todavía resulta difícil medir la influencia de la obra de Gianni Rodari entre nosotros, pero estimo que ha sido, y es, mucho mayor de lo que reconocemos públicamente.

Autores y temas

Los autores que comenzaron a publicar en los primeros años del restablecimiento de la democracia, como no podía ser de otro modo, fueron aquellos que ya habían dado a conocer obras en los años setenta. Los primeros en destacar fueron, sin duda,

Laura Devetach, Gustavo Roldán, Emma Wolf y Graciela Montes.

Laura Devetach presenta una escritura concisa, muy trabajada, con marcas de su oficio de poeta. Su libro *Monigote en la arena* (Premio Casa de las Américas y Lista de Honor del IBBY de 1986) tuvo gran repercusión y continúa siendo una obra representativa de la autora y del momento.

Gustavo Roldán, nacido en la provincia del Chaco aunque vivió muchos años en la ciudad de Córdoba, trae situaciones y personajes del monte chaqueño (zona cálida muy próxima a la selva misionera) para representar temáticas universales. Su vigoroso estilo narrativo, sus propuestas muchas veces transgresoras y su sentido sutil del humor, pronto lo convirtieron en uno de los autores favoritos de los chicos. *Como si el ruido pudiera molestar* y *Cada cual se divierte como puede*, ambas publicadas por Ediciones Colihue, son sus obras características de este período.

Emma Wolf, cuya escritura se caracteriza por un humor desopilante, con frecuentes guiños a los adultos —aunque a veces esos guiños sean dardos que se clavan en lo más entrañable de su condición de tales— y con una frescura infrecuente hasta entonces. Autora de *Cuentos y cantos de los Libros del Piquillín*, un libro de lectura para tercer grado (Aique Grupo Editor), *Walter Ramírez y el ratón nipón* (El Ateneo), *El naufrago de Coco Hueco* (Libros del Quirquincho), y su magnífica novela-parodia sobre el mundo de los piratas *La sonada aventura de Ben Malasangue*¹ (Torres Aguero Editor). Sin duda, de entre los escritores de

este grupo, **Graciela Montes** nos muestra la producción más sostenida y una línea de trabajo más que interesante. Traducida a otros idiomas y con obras a punto de ser publicadas por dos importantes casas editoras españolas (Ediciones SM y Alfaguara), es la autora más solicitada, por merecimientos propios, tanto por parte de los editores como por profesores —para que visite las escuelas— y, especialmente, por los niños.

A estos autores se les fueron sumando otras voces nuevas, entre las que destacan con trazos netos las de **Ricardo Mariño**, un cultivador del humor; **Silvia Schujer** —cuyos textos

presentan una gama amplia de temáticas y abordajes—; **Adela Basch**, quien enriquece los suyos con su amplia experiencia teatral; **Graciela Cabal**, de enorme producción y que no le ha temido al texto informativo; **Graciela Falbo**, **David Wapner**, etc.

Simultáneamente comienzan a revalorizarse las manifestaciones del folclore infantil. Adivinanzas, coplas, trabalenguas y colmos aparecen agregando frescura a los textos escolares y, particularmente, en dos colecciones: *Los papelitos del Pajarito Remendado* (Ediciones Colihue) y *Los Libros del Recreo* (Libros del Quirquincho).



GRACIELA B. CABAL Y DELIA CONTARBIO, CARLITOS GARDEL, BUENOS AIRES: LIBROS DEL QUIRQUINCHO, 1992.



Mención aparte merece *Socorro, doce cuentos para caerse de miedo* de **Elsa Bornemann** (REI Editora), tal vez el libro para chicos de autor nacional más vendido de estos últimos tiempos (lleva ya 15 ediciones). En él la autora «se atreve» con uno de los temas tabú: el terror. Pero terror en serio, no ya fantasmas que se civilizan ni brujas arrepentidas. Y los chicos captaron de inmediato la veracidad de la propuesta.

Pero *Socorro* no está solo. Poco tiempo antes ya se había iniciado la publicación de los primeros títulos de la Serie Negra de Libros del Quirquincho. Fueron: *El Onésimo soñó un cuete. Cuentos de terror para chicos sin miedo* y *Los hombres sin cabezas*, ambos de **Victor Iturralde Rúa**. En la actualidad esta colección lleva ya más de veinte títulos.

Otras editoriales han publicado, esporádicamente, terror/horror: *La fábrica del terror* de **Ana María Shua** (Colección Primera Sudamericana, Editorial Sudamericana) y *Cuentos de*

miedo, de amor y de risa de **Graciela Cabal** (Aique Grupo Editor), entre otros. Los periódicos de distribución nacional se han ocupado del fenómeno, generalmente asociando la moda del terror en la literatura infantil con las novedades en vídeo. Sin pretender agotar el tema, creo que son varias las causas que concurren para que se produzca este verdadero *boom*: por un lado, se superaron posturas psicologistas o sobreprotectoras de la infancia que proponían una literatura «no traumatizante». Por otro, la invasión de películas seriadas del tipo «Martes 13», «Freddy Krugger» y «Halloween». Además, no se pueden ignorar los terroríficos crímenes sucedidos durante la última dictadura militar y, en especial, su difusión a través de los medios de comunicación masiva.

Las editoriales

Son más de veinte las editoriales activas en el sector. Claro que sus marchas no son parejas. Van desde aquellas que ocasionalmente presentan títulos de literatura infantil —dos o tres al año—, hasta las que lanzan más de cuarenta novedades en el mismo período de tiempo. Entre éstas están Atlántida, Colihue, Libros del Quirquincho, Sigmar y Sudamericana.

Resulta imposible conocer el volumen de ventas con certeza. Y mucho más, si cabe, conocer el volumen real de ventas de cada título. Los editores consultados a propósito de este artículo se mostraron optimistas acerca de la realidad de un presente un poco más sólido. En mi opinión, esta situación se debe a una serie de factores concomitantes:

—La literatura ha ingresado, decididamente, en las escuelas. Muchos maestros están dedicando un tiempo creciente de la jornada escolar a leer libros verdaderos, es decir, literatura o, en menor medida, libros documentales que sustituyen o complementan, según los casos, a los textos escolares. En este sentido, por supuesto, tam-



bién han colaborado las nuevas metodologías —que para simplificar denominaré *constructivistas*, en cuanto todas las posiciones reconocen la importancia de la construcción del conocimiento en el sujeto que aprende—, que se apoyan fuertemente en la lectura de textos verdaderos en el proceso de adquisición de la lengua escrita (lectura y escritura).

—Se advierte un papel más activo de los bibliotecarios escolares, y de los docentes en conjunto, en la realización de actividades de promoción del libro y/o de la lectura (que no siempre son la misma cosa). Por poner un ejemplo, ha crecido notablemente el número de escuelas, grupos de escuelas o localidades, que organizan ferias del libro en ellas. La idea, muy interesante por cierto, conlleva el precepto de que hay que llevar los libros a los lugares donde los niños se reúnen habitualmente. Estas ferias tienen un aspecto comercial: la venta de libros. Pero también a su alrededor suelen montarse actividades de promoción de la lectura —que van desde las visi-



DIEGO BIANCHI, EL RAPTO Y OTROS CUENTOS, BUENOS AIRES: EDICIONES QUIPO, 1991.

tas de los autores e ilustradores hasta la confección de un libro, colectivamente, por parte de la comunidad educativa—. Obviamente estas ferias son posibles gracias al esfuerzo de editores, distribuidores, libreros u otros colectivos que ofrecen su colaboración a pesar de que, a veces, el resultado económico no es muy positivo en un primer momento.

—Algunas editoriales y distribuidoras han creado equipos de promoción especialmente dirigidos a las escuelas. Esas promociones incluyen descuentos importantes en las compras realizadas por las bibliotecas escolares o la organización de talleres para los profesores. O simplemente, los promotores que visitan las escuelas dejan carteles, boletines, revistas, catálogos o, como es el caso de la Editorial Sudamericana, exhiben un vídeo sobre cómo se hace un libro.

—Hay una mayor capacitación de los profesores, en especial de Educación Primaria, en lo que se refiere a literatura infantil y talleres de escritura. Estas actividades de formación,

tanto en escuelas públicas como privadas —por supuesto, en diferente grado según la jurisdicción educativa— también suelen incluir a los bibliotecarios.

—Aunque todavía el espacio dedicado a ello es muy pequeño, algunos periódicos nacionales y de provincias incluyen, no muy regularmente, en sus páginas de crítica literaria algunos comentarios de libros para niños. Esto era inexistente —o casi— diez años antes.

—La organización de ferias del libro infantil de mayor entidad que las escolares. En este sentido son remarquables las organizadas por la Fundación El Libro (1989 y 1990); desgraciadamente en el pasado año no pudo realizarse por un inexplicable juego de intereses. Y también es digna de mención la de ALIJA (Sección nacional del IBBY), así como el crecimiento del espacio del sector en ferias de ciudades importantes de provincias (Rosario, Córdoba, etc.).

—Finalmente —y ésta es la más personal de las apreciaciones—, en



medio del proceso inflacionario que hemos soportado, el libro para niños, de elevado coste, no aumentó su precio de venta al público en la misma medida que otros productos.

Las revistas infantiles

Argentina tiene una larga historia —y sostenida— en materia de publicaciones periódicas para niños. Desde la fundación de *Billiken*, en 1919, hasta el presente, se han editado revistas, por lo general de aparición semanal, sin interrupción alguna. Lo característico de éstas en nuestro país es su relación con los contenidos escolares. Tanto *Billiken* como *Anteo-jito*, que comenzó su publicación en los años 50, escogen los contenidos más relevantes de los distintos currícula y los desarrollan con gran despliegue visual. Hace poco tiempo ha hecho su reaparición la quincenal *Humi*, cuyo patrón es similar a la de las anteriores, aunque no idéntico.

Estas revistas nacieron y crecieron hasta crear un mercado al amparo de

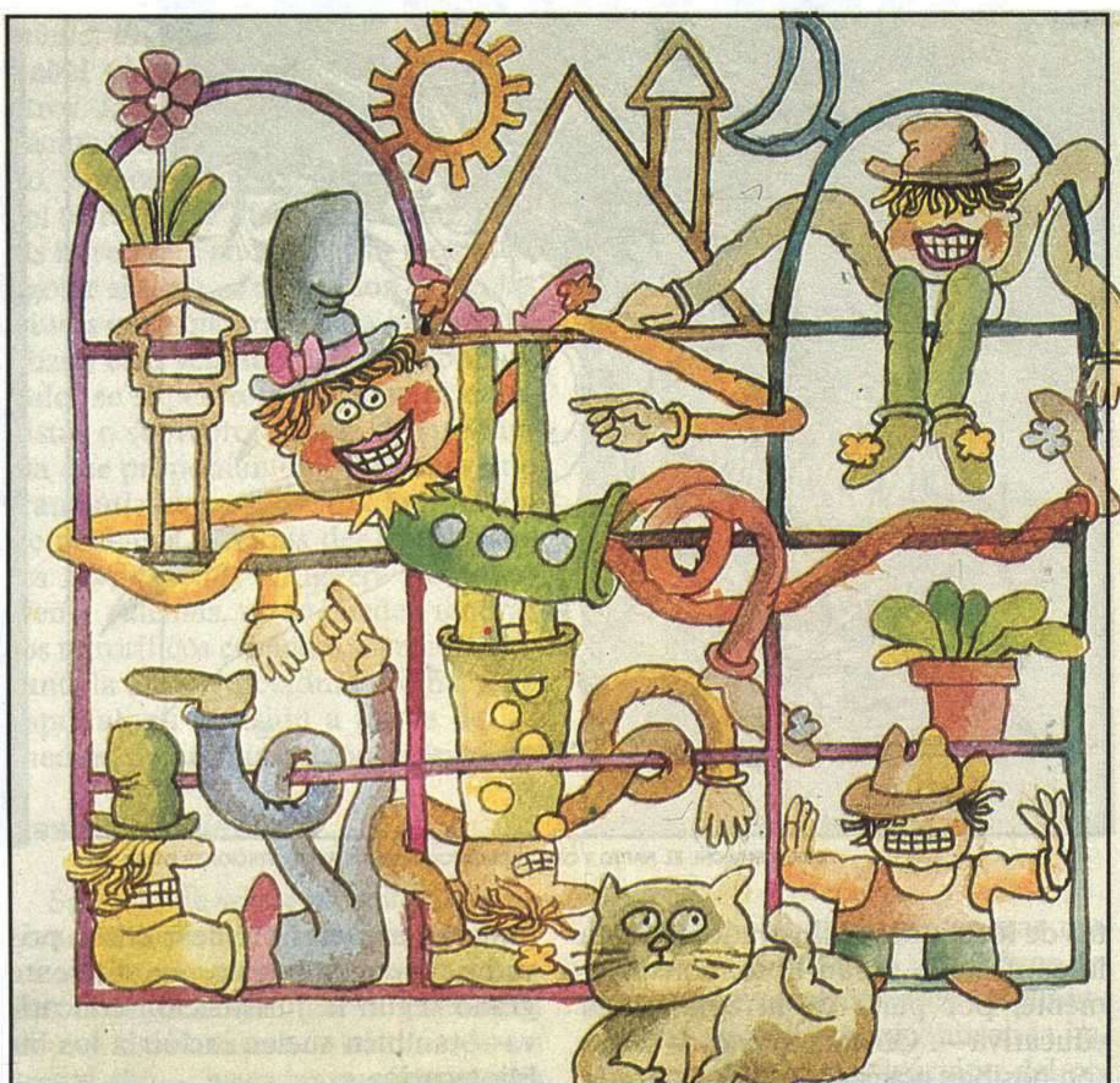
textos escolares aburridos, desactualizados y atosigantes. Por supuesto, en la actualidad dichos textos ya no tienen esas características —es notable la evolución operada en los mismos, en particular los elaborados por Aique y Santillana, los líderes del mercado—, pero queda el hábito de compra, por una parte, y la posibilidad de desarrollo gráfico y actualización de la información —cosa que resulta muy difícil encontrar en los textos escolares—, por otra. La capacidad de reflejar noticias de utilidad para el trabajo en las aulas —pongamos por ejemplo el caso de los pingüinos atrapados por el petróleo en el sur argentino en el curso del año pasado— parece un patrimonio indiscutido de las publicaciones periódicas.

A estas revistas es preciso agregar las de divulgación científica —*Muy interesante*, *Descubrir*, *Conocer más*, etcétera—, y las clásicas historietas, por lo general de vida efímera, ligadas a los éxitos del momento, tanto de la TV como del cine.

El diseño gráfico

También se ha producido, en este aspecto, una verdadera revolución en los últimos tiempos. A la labor de algunos pioneros —**Oscar Díaz**, primero en el Centro Editor de América Latina y actualmente en Libros del Quirquincho; **Kity Loréface de Passalia**, en Editorial Latina y Guadalupe; **Raúl Fortín**, primero en la revista *Humi* y luego en algunas colecciones de Ediciones Colihue, y **Beatriz Ferro**, ex asesora de la revista *Billiken* y luego a cargo de algunas ediciones de Hyspamérica— se le han sumado otros jóvenes profesionales entre los que sobresalen **Helena Homs**, diseñadora de las impecables ediciones infantiles y juveniles de Editorial Sudamericana y de recientes obras escolares de Aique Grupo Editor, y **Alberto Díez**, autor de los diseños de Editorial Losada.

El libro infantil, en la actualidad,



MIGUEL DE LORENZI, UN CUENTO PUAJJ.

se ha integrado a la producción general desde el aspecto gráfico. Según opiniones generalizadas, ya no es posible pensar en un libro o en una colección sin el trabajo de estos profesionales. Cada vez con más fuerza el libro infantil deviene en un objeto estético en sí mismo. Por tomar un ejemplo, las portadas son, con mayor frecuencia y decididamente, envases, carteles, objetos bellos y deseables, etcétera.

Para finalizar, me gustaría hacer una breve referencia a un nuevo papel profesional que se perfila con nitidez creciente: el director de colección. Se trata de un profesional del libro, con mayor o menor especialización en literatura infantil, generalmente escritor él mismo, que reúne conocimientos dispares, lo que le per-

mite tomar decisiones considerando criterios de selección literaria, de diseño gráfico, de la evaluación plástica de las ilustraciones, selección de calidades de papeles en función de los costes industriales y cualidades en la impresión, todo ello relacionado con el precio final de venta al público. Ni más ni menos que un editor. Oficio que tuvo brillantes exponentes en nuestro país en el pasado y que, en la actualidad, se presenta con nuevas exigencias. ■

* **Carlos Silveyra** es especialista en literatura infantil y juvenil.

Notas

1. Existe edición española en Ediciones B, colección Marabierto, 41.